

UN DÍA EN LA VIDA DE

PSIQUÉ

la enamorada de un dios

JACQUELINE BALCELLS
ANA MARÍA GÜIRALDES



UN DÍA EN LA VIDA DE

PSIQUÉ

la enamorada de un dios

JACQUELINE BALCELLS
ANA MARÍA GÜIRALDES



ILUSTRACIONES DE
Marianela Frank

ZIG-ZAG

Un día en la vida de...

ISBN edición impresa: 978-956-12-2910-5.

ISBN edición digital: 978-956-12-2894-8.

14ª edición (nuevo diseño): mayo de 2019.

Obras Escogidas

I.S.B.N.: 978-956-12-2911-2.

15ª edición (nuevo diseño): mayo de 2019.

Editora General: Camila Domínguez Ureta.

Editora asistente: Camila Bralic Muñoz.

Director de Arte: Juan Manuel Neira Lorca.

Diseñadora: Mirela Tomicic Petric.

© 1992 por Jacqueline Marty Aboitiz y Ana María Güiraldes Camerati.

Inscripción N° 86.323. Santiago de Chile.

© 2013 de la presente edición por Empresa Editora Zig-Zag, S.A.

Inscripción N° 234.451. Santiago de Chile.

Derechos exclusivos de edición reservados

por Empresa Editora Zig-Zag, S.A.

Editado por Empresa Editora Zig-Zag, S.A.

Los Conquistadores 1700. Piso 10. Providencia.

Teléfono (56-2) 2810 7400.

E-mail: contacto@zigzag.cl / www.zigzag.cl

Santiago de Chile.

Diagramación digital: ebooks Patagonia

www.ebookspatagonia.com

info@ebookspatagonia.com

El presente libro no puede ser reproducido ni en todo ni en parte, ni archivado ni transmitido por ningún medio mecánico, ni electrónico, de grabación, CD-Rom, fotocopia, microfilmación u otra forma de reproducción, sin la autorización escrita de su editor.

Índice

Los celos de Afrodita

Un esposo invisible

La visita

La trampa

La noche fatal

La venganza

Las pruebas

Curiosidad mortal

Nota de las autoras

Glosario

Bibliografía



Los celos de Afrodita

Hubo un tiempo en la antigua Grecia en que los dioses bajaban a la tierra y se enamoraban de los mortales. Los días eran entonces largos como meses y los meses podían ser tan cortos como un día. Fue en esa época cuando sucedió esta historia de amor entre el irresistible Eros y la bella Psiqué.

Psiqué era la menor de las tres hijas de un rey. Poseía una belleza tan rara y espléndida que los hombres a su paso se prosternaban, llenos de admiración; juntaban el índice y el pulgar y, llevándolos a los labios, la reverenciaban como a una diosa. Muchos comenzaron a decir que ella había nacido de las profundidades del azul; otros llegaron a asegurar que la Tierra misma había engendrado una nueva Afrodita, más hermosa aún que esa diosa nacida en la espuma del mar.



Estos rumores crecieron día a día: llegaron hasta las islas vecinas y más lejos aún; se extendieron a las tierras lejanas, sobrevolaron montañas, hasta que, finalmente, llegaron a los oídos divinos de Afrodita.

–¡Veo que una simple mortal pretende usurpar los honores que se me rinden! – exclamó Afrodita, pálida de rabia–. ¡Pronto Psiqué se arrepentirá de su criminal belleza!

Y, sin esperar un segundo, llamó a su hijo Eros, el muchacho capaz de alterar las vidas más pacíficas cuando dispara sus flechas de pasión.

Apenas apareció el buenmozo joven, cargando en su hombro las armas enfundadas en el carcaj, lo tomó por una mano y, sin decir palabra, lo condujo a la ciudad donde vivía Psiqué.

–Hijo mío –habló Afrodita–. Aquí vive una mortal que se ha permitido ponerse a mi altura y rivalizar con mi belleza –la diosa temblaba de indignación–. Yo te ruego que vengues a tu madre. Es necesario que esta joven engreída se enamore perdidamente del último de los hombres, del más miserable, del más horroroso. ¡Clava una de tus flechas en su corazón y asegúrate de que cerca de ella se encuentre alguien así!

Luego de decir esto, besó a su hijo innumerables veces y partió en su carro, dejando tras sí una estela de cenizas.

Mientras tanto, Psiqué se lamentaba. Pese a ser tan hermosa, vivía triste y sola: ni reyes, ni príncipes, ni plebeyos se atrevían a acercársele. La veían como una inaccesible estatua a la cual no osaban amar. Así, las dos hermanas mayores de Psiqué, aunque poco agraciadas, ya tenían esposo e hijos. En cambio ella iba derecho a ser una bella solterona amargada.

Un buen día, el padre de Psiqué decidió consultar el Oráculo de Apolo: él sabría decirle qué destino esperaba a su hija. Por desgracia, la respuesta del dios solo le trajo más penas:

*Tu hija encontrará un esposo
en la cumbre de la montaña rocallosa.
Él es un monstruo abominable:
solo goza con el dolor ajeno
y se alimenta de llantos y suspiros.
Es el terror de los dioses:*

*hasta Zeus tiembla con sus fechorías.
Su ponzoña hiere el alma
esparciendo sin ton ni son
un veneno que enloquece...*

Si ese hogar ya estaba triste, luego del vaticinio del oráculo perdió la esperanza. Todo se transformó en lamentos: la madre sollozaba clamando al cielo, los esclavos lloraban escondidos tras las puertas y el pueblo entero participó, atónito, de la tragedia que se cernía sobre la muchacha.

Hasta que una tarde Psiqué, cansada de que la compadecieran, partió hacia la cumbre de la montaña: si debía cumplir con su destino –un marido monstruoso y cruel–, que fuera lo más rápido posible. Caminó y caminó; bajó al valle y subió el monte. Y allí, en medio de un viento que refrescaba su rostro y jugaba con los pliegues de su túnica, se dijo que la vida no podría ser tan triste, por mucho que el oráculo se lo hubiera vaticinado. ¿Por qué ella, joven, llena de ilusiones y deseos de vivir, estaba condenada a compartir el resto de sus días con un esposo quizás viejo, mal genio y monstruoso? ¿Por qué los dioses la trataban así? ¿Qué había hecho de malo? ¿A qué dios habría ofendido sin saberlo?

Un poco antes de llegar a la cumbre se tendió sobre el césped mullido de flores y miró el cielo en busca de una respuesta. Y mientras pensaba que hasta esas nubes que se entretenían dibujando caprichosas figuras eran más felices que ella, se quedó profundamente dormida.

A pocos metros de ahí, escondido tras unos matorrales, unos ojos la observaban. Era el dios Eros, que había llegado hasta el lugar siguiendo las instrucciones de su madre. Se acercó, cauteloso. Y tan admirado quedó al contemplar ese bellissimo rostro dormido, que no se fijó donde pisaba. Entonces quiso el destino que su pie tropezara en la única piedra que había en el prado, y también quiso que una flecha cayera de su carcaj y le

arañara una pierna. Así, y aún antes de darse cuenta de lo que había sucedido, descubrió que estaba perdidamente enamorado de la que iba a ser su víctima. Solo atinó a tomarla entre sus brazos y a volar con ella hacia su palacio en la cumbre de la montaña rocallosa. Por primera vez una flecha de Eros había herido de amor a su propio dueño.



La civilización de los dioses

Los antiguos griegos necesitaron de los mitos para entender el mundo; y sus dioses fueron creados por una necesidad poética. Homero y Hesíodo, los dos grandes poetas griegos fueron quienes, al recoger la tradición épica, les dieron sus características, sus poderes especiales y sus formas.

Los griegos no escuchaban a sacerdotes, sino que a sus poetas. Ellos, los poetas, a través de su creación daban sentido a la vida y formaban el espíritu de los humanos. Fue así como la razón, el amor, la belleza y las pasiones se personificaron en Atenea, Afrodita, Apolo, Dionisio. La poesía, en la Antigua Grecia, imprimió su sello a la religión, a la moral, a la política y a las artes en forma tal que aún hoy somos herederos de la civilización de sus dioses.



Dioses, furias, musas y titanes

Los antiguos griegos fueron un pueblo prodigiosamente imaginativo. Una muestra de ello es su religión, que deificaba todo lo admirable y todo lo terrible de la vida humana, y que constituyó un mundo poblado de dioses, ninfas, furias, demonios, musas y titanes. La mitología griega, de una imaginería sin igual, ha obsesionado la mente de poetas y artistas de todas las épocas hasta nuestros días. "Somos enteramente griegos –decía el poeta inglés Shelley–: nuestras leyes, nuestra religión, nuestro arte tienen sus raíces en Grecia". Aunque la religión cristiana llegó del Oriente, el espíritu de los griegos influyó también en ella.



La civilización del alba

Para la doctora en lenguas clásicas de la Universidad de Cambridge, Jane Ellen Harrison, la deuda que tiene Occidente con la civilización griega –y específicamente a través de su mitología, poesía y filosofía– es la expulsión del miedo. “Gracias a los griegos, la oscuridad y el miedo a lo invisible fueron iluminados, purificados y aquietados por la Razón y la Belleza”.

Hasta entonces las religiones habían representado a sus dioses con formas atemorizantes o misteriosas; los dioses griegos, en cambio, estaban constantemente iluminados por la razón y representados por hermosas imágenes.

La civilización griega ha sido llamada la Civilización del Alba: el alba es lo que se opone a la noche, a la oscuridad, a lo desconocido, a lo que produce temor. Los dioses griegos eran dioses matutinos: bellos y claros. Alumbraban y alejaban las tinieblas y todo ese mundo de monstruos que atemoriza a los seres humanos y que pertenece a la Civilización de la Noche. La noche, por no dejar ver, asusta; el día, por traer la luz, reconforta.



Dioses a la imagen del ser humano

Como la mayoría de los pueblos de la antigüedad, los griegos creían en distintas divinidades. Unas representaban las fuerzas de la naturaleza –como Poseidón, el dios del mar– y otras los sentimientos humanos –como Afrodita, la diosa del amor–. También había los que representaban distintas actividades humanas –Hestia, la diosa del hogar o Apolo, el dios de la música–. Todos ellos tenían en común la inmortalidad, propia de los dioses, pero también sufrían debilidades humanas; así Zeus, el dios supremo, no se resistía ante una joven bonita y se lo pasaba engañando a su mujer, la diosa Hera.

Los dioses griegos no solo tenían figuras humanas, sino que participaban constantemente en las aventuras de los humanos. Claro que en esta relación había reglas muy claras y severas: si algún mortal osaba desafiar a un dios tendría luego que sufrir el castigo divino, pues los dioses eran celosos y vengativos.



La creación

Al comienzo de todas las cosas solo existía el Caos, que era una masa informe. Del caos surgió la Madre Tierra y esta, mientras dormía, dio a luz a su hijo Urano. Desde las alturas Urano contempló con cariño a su madre dormida y derramó sobre ella una lluvia fértil. El agua, al penetrar en todas las hendiduras secretas de la Madre Tierra produjo hierbas, flores, árboles, ríos, lagos y mares. Y luego nacieron los animales, las aves y los peces.





Un esposo invisible

Psiqué despertó sin saber dónde estaba. De su piel emanaba un perfume exquisito y la envolvía una túnica de seda y oro. De su cuello colgaban collares de perlas y sus dedos brillaban con diez anillos de piedras preciosas. Estaba tendida sobre una cama, en medio de un cuarto de un lujo abrumador. Frente a ella, en una mesa en forma de media luna, dos bandejas de plata amontonaban quesos, aceitunas, dátiles y uvas. Y una lira, de la que no veía ni el instrumento ni el ejecutor, inundaba de música la estancia. Creyendo soñar, pellizcó sus brazos. Pero no: estaba despierta y viva. Fuera lo que fuese, no debía ser malo... ¡Jamás se había sentido tan contenta y relajada!

Cuando recorría la habitación para admirar los detalles en oro que recubrían las paredes, una voz llegó a sus oídos:

–Eres mi invitada para siempre. Lo que quieras te será concedido. Solo tienes que ordenarlo, dulce niña.

Las palabras sonaron tan suaves, que Psiqué no solo se sintió tranquila, sino que protegida. Y como si la voz hubiese alejado al sol, las tinieblas cubrieron la habitación. Entonces, y en medio de la más completa oscuridad, Psiqué sintió la tibieza de un

cuerpo junto al de ella. Ahora la voz musitó junto a su oído:



–Te amo desde el primer momento en que te vi. Seremos tan felices como nunca lo ha sido nadie.

–¿Quién eres tú? –dijo Psiqué, halagada.

–Eso no me lo debes preguntar. Todas las noches, cuando los murciélagos salgan de sus guaridas y comiencen a revolotear bajo el cielo nocturno, yo estaré aquí. Pero antes que las luces del alba iluminen tu ventana, me iré de tu lado, pues jamás deberás

conocer mi rostro.

Pasó una semana. Nunca antes para Psiqué los días habían sido tan largos y monótonos, y las noches tan cortas y felices. En las mañanas vagabundeaba por los interminables corredores y jardines en busca de una compañía humana, de alguien con rostro visible con quien poder conversar y compartir sus emociones diarias. Las horas de luz se le hacían cada vez más lentas: ahí en ese palacio el tiempo era distinto: ¡a lo mejor ella ya tenía mil años, o a lo mejor solo había pasado un día y ella no se daba cuenta! Felizmente, todo se transformaba en alegría cuando el sol daba paso a las tinieblas. Entonces regresaba a su habitación, donde, en la más completa oscuridad, la esperaba el hombre que había cautivado su corazón tan solo con caricias y palabras. A esa hora los augurios del oráculo quedaban convertidos en un mal sueño y Psiqué era completamente feliz: podía haber pasado un siglo, podía haber pasado un año: para ella solo era un día.

Mientras tanto, los padres de Psiqué envejecían en un duelo inconsolable. No les cabía duda de que el oráculo se había cumplido y de que la niña ya estaba viviendo con el monstruoso marido que le correspondía. Las hermanas de Psiqué, por su parte, también los visitaban y les avivaban la pena con mil preguntas y mil suposiciones.

–Debe ser horrible...

–Debe hacerla sufrir...

–¿Y si intentamos visitarla?

–¿Y si...?

–¿Y si...?

Finalmente los desesperados progenitores terminaron rogándoles que subieran a lo alto de la montaña y trataran de encontrar el lugar del que había hablado el oráculo.



Los cíclopes y los titanes

Urano y la Madre Tierra engendraron a tres feroces cíclopes de un solo ojo y a doce monstruosos titanes de cien brazos. Urano, horrorizado por la fealdad de estos, a medida que nacían los iba enviando al fondo de la tierra. La Madre, dolida por la suerte de sus hijos, convenció al más pequeño de los titanes, Cronos, de que se vengara del cruel progenitor. Así un día, mientras Urano dormía, Cronos lo hirió con una hoz.

De la herida de Urano manaron tres gotas de sangre que al caer sobre la Madre Tierra dieron origen a las Tres Erinias o Furias, que son las que vengan los crímenes de parricidio y perjurio.



Nacimiento de Zeus

Desde el momento en que Cronos se vengó de su padre, se convirtió en el rey de los titanes. Sin embargo no vivía tranquilo, porque el moribundo Urano le había vaticinado que uno de sus hijos lo destronaría. Como Cronos no podía destruir a sus hijos porque eran inmortales, los fue devorando a medida que nacían. Cuando su esposa Rea supo que iba a nacer su sexto hijo, se escondió en una cueva para librarlo de la muerte. Allí nació Zeus. Y con su nacimiento comenzaría la era de los nuevos dioses.



Los nuevos dioses y la civilización de la luz

Tal como lo había vaticinado Urano, uno de los hijos de Cronos lo destronó: Zeus, que había crecido en la clandestinidad, bajo el cuidado de las ninfas, apenas llegó a la edad adulta decidió vengar a sus hermanos. Para ello preparó una poción que vertió en la copa de su padre; luego de beberla, la boca de Cronos se abrió enorme y de ella fueron saliendo Hades, Poseidón, Demeter, Hera y Hestia, los dos hijos y las tres hijas que había devorado. Una vez libres, estos convencieron a Zeus de que los guiara contra los titanes que habían ayudado al viejo Cronos.

Entonces comenzó la guerra entre los nuevos y los viejos dioses.

Zeus, armado de un rayo, Hades con un yelmo y Poseidón con un tridente, se enfrentaron a su padre. Hades lo desarmó, Poseidón lo amenazó con el tridente y Zeus lo abatió con su rayo.

El vaticinio estaba cumplido: Cronos murió al instante en manos de su hijo y Zeus se convirtió en el rey. Su primera empresa fue preocuparse de la creación del género humano.





La visita

Una noche, el invisible marido de Psiqué dijo:

–Dulce niña mía: la fortuna cruel te amenaza y tendrás que ser muy prudente si no quieres terminar tu vida con una desgracia. Sucede que tus hermanas andan en tu busca y muy pronto llegarán hasta la cima de la roca donde está construido este palacio. Si por casualidad escuchas sus lamentos, no respondas por ningún motivo.

Ella prometió solemnemente seguir la voluntad de su marido.

Pero al día siguiente, en cuanto él desapareció junto con la luz, Psiqué sintió una gran tristeza. Ya no le bastaba con el jardín ni con los baños perfumados. Tampoco le producía satisfacción golpear sus palmas y ver llegar bandejas repletas de manjares o que el sonido de la lira endulzara su habitación. ¡Quería estar con sus padres, ver de nuevo a sus hermanas! ¡Se sentía prisionera de la dicha! Por eso, cuando su marido regresó esa noche, la encontró bañada en lágrimas.

–Si tan solo pudiera ver tu rostro para recordarlo durante el día –gimió ella.

Y, ante el silencio de la sombra recostada a su lado, se atrevió a pedir:

–O si tan solo me permitieras ver, aunque fuera unos minutos, a mis queridas

hermanas... ¡Quizás el día se me haría menos largo!

No hubo respuesta. Pero tanto lloró la esposa y tan variados fueron sus argumentos, que, finalmente, él accedió. Solamente puso una condición: nunca debería hacer caso a los consejos de sus hermanas.

–Y por sobre todo, querida Psiqué, jamás, ¿me entiendes?, jamás intentarás ver mi rostro. Tu curiosidad terminaría lanzándote en un abismo de males y acabaría con nuestro amor –concluyó Eros con firmeza.

–¡Te quiero, te quiero! ¡Me da lo mismo cómo sea tu rostro! ¡Jamás trataré de mirarlo! ¡Pero apúrate en traer a mis hermanas! –repitió ella, llenándolo de besos.

Así fue como, a los pocos días, las dos hermanas, luego de una larga marcha, llegaron a la cumbre rocallosa. Todo allí estaba envuelto en nubes. Estuvieron algunos minutos, sin saber adónde seguir. De pronto la bruma se abrió y ellas, atónitas, contemplaron un palacio sostenido por columnas doradas que se elevaba hasta el cielo. Una escalinata recubierta de extraños animales dibujados en mosaicos las llevaron hasta el pórtico. Y cuando las puertas de oro y nácar se abrieron, Psiqué salió a recibirlas.

Luego de los primeros abrazos, lágrimas y besos que produjo el encuentro, las forasteras dieron rienda suelta a su curiosidad y atiborraron a su hermana menor con preguntas.

–¿Es acaso tu marido el dueño de todo esto?

–¿Cómo se llama?

–¿Es un monstruo, o no?

–¿Qué hace?

–¿Qué dice?

–¿Te hace sufrir?

–¿Por qué sonríes?

–¡Habla...!

Psiqué, abrumada, y para no traicionar la promesa hecha a su marido, inventó una

historia. Les dijo que él era joven, que sus pestañas crespas ocultaban unos ojos de miel y que sus cabellos dorados eran más suaves que la seda. Les contó también que durante el día se dedicaba a la caza en el campo y las montañas. Y por último, para evitar nuevas preguntas, las distrajo regalándoles a cada una un collar de piedras preciosas.



Cuando se despidieron, Psiqué estaba contenta.

Pero las hermanas quedaron con más curiosidad que nunca. Y mientras caminaban de regreso hacia sus hogares, la envidia comenzó a nacer como una hoguera dentro de ellas.



–¡Injusta fortuna! –se lamentó la mayor–. Mientras algunas se dedican a bañarse en perfumes y las sirven en bandejas de plata, otras tienen que amasar su propio pan.

–¡Injusta fortuna! –se lamentó la menor–. Mientras unas tienen maridos jóvenes, de pestañas crespas y cabellos sedosos, otras tienen que conformarse con viejos barrigones de cabellos hirsutos y llenos de achaques.

Así, entre lamentos y lamentos, sus espíritus se atiborraron de celos y de rabia. Aún no llegaban a sus casas cuando decidieron regresar lo antes posible donde Psiqué, dispuestas a destruir lo que no podían poseer.

Las cinco edades del hombre

Los primeros hombres creados por Zeus pertenecieron a la raza áurea. Vivían en el paraíso, cantaban, bailaban y se alimentaban de los frutos de la tierra. Su vida transcurría completamente feliz, sin trabajos ni privaciones. Luego de envejecer y morir, sus espíritus quedaron vagando por la tierra para velar por el bienestar de las siguientes generaciones.

Luego vino la raza de plata. Eran hombres sometidos a sus madres. No se atrevían a desobedecerlas, aunque vivieran hasta los cien años de edad. Eran peleadores, aunque su pereza les impedía llegar a la guerra. Eran ignorantes y no hacían sacrificios a los dioses. Zeus se dio cuenta de que nunca mejorarían y los destruyó sin pena.

A continuación fueron creados los hombres de la edad de bronce, más inteligentes, aunque no mejores que sus antecesores. Emplearon sus mentes para crear armas de bronce, que siempre llevaban en sus manos. Comían carne y pan y les complacía la guerra. Eran crueles e insolentes. Se destruyeron mutuamente y en castigo fueron enviados a vivir para siempre en el fondo del abismo.

A estas alturas Zeus, muy desanimado, se preguntó si valía la pena seguir creando tipos humanos. Finalmente decidió hacer otro intento y creó la cuarta clase de hombres. Esta era también de bronce, pero más noble y generosa que la anterior. Fueron engendrados por dioses y madres mortales. Se convirtieron en héroes y a su muerte pasaron a habitar los Campos Elíseos.





El Olimpo: morada de los dioses

Se creía que el Olimpo era la montaña más alta del mundo. Allí habitaban los dioses más importantes: Zeus, Hermes, Poseidón, Hefesto, Ares y Apolo. También vivían las diosas más veneradas: Atenea, Hera, Artemisa, Afrodita, Hestia y Démeter. Todos ellos estaban bajo la soberanía de Zeus.

La vida en el Olimpo era hermosa: los dioses pasaban el tiempo en banquetes y se alimentaban de la carne de los sacrificios que los humanos ofrecían en su honor; bebían el néctar o ambrosía en copas de oro, que los dioses de menor jerarquía les llenaban hasta el borde. Y mientras comían y bebían, Apolo los deleitaba con la música de su lira, y las nueve musas cantaban.



Los dioses secundarios

Así como el Olimpo tenía sus dioses principales, existían otros que estaban en segundo plano. Entre ellos destacaban Helio, Leto, Dionisio, Hades y Pan; Hebe y Ganímedes. Hades, hermano de Zeus, podía haber sido incluido entre los dioses principales, pero él, en lugar de subir al Olimpo, prefería vivir bajo tierra, cuidando la sombra de los muertos. Por su parte Pan, por ser el dios pastoril, se sentía más cómodo en los campos y los valles que en la cima de la montaña.



Quién es quién entre los dioses:

Zeus y Hera, dos esposos peleadores

Zeus, el padre del cielo, manejaba el rayo. Y con la amenaza de su brillo fatal, dominaba a su familia pendenciera y rebelde del monte Olimpo. También mandaba los cuerpos celestes, dictaba leyes, hacía cumplir juramentos y pronunciaba oráculos.

Zeus tuvo una larga serie de aventuras amorosas. Engañó a su esposa Hera numerosas veces y durante sus deslices engendró a las estaciones, a las tres parcas, a las gracias y a las tres musas. Y no solo ellas nacieron fuera de las leyes matrimoniales; también cuatro grandes dioses olímpicos fueron producto de sus devaneos: Hermes, Apolo, Artemisa y Dionisio.

Zeus y Hera peleaban constantemente: ella, ofendida por las infidelidades de su marido, lo humillaba a menudo con intrigas que lo dejaban en ridículo. En una de sus frecuentes disputas y en un tiempo en que el orgullo y la petulancia de Zeus eran más intolerables que nunca, Hera pidió la ayuda de los dioses olímpicos para vengarse de su marido. Así, una noche en que Zeus dormía, lo ataron con correas de cuero crudo enlazadas en cien nudos. Cuando este despertó no pudo moverse ni castigar a sus captores, puesto que también habían puesto el rayo fuera de su alcance.

Mientras los dioses celebraban su victoria y discutían quién de entre ellos sería el sucesor de Zeus, la nereida Tetis, previendo una guerra civil en el Olimpo, fue en busca del gigante de cien brazos, Briareo, quien rápidamente desató las correas.

Zeus castigó a su esposa Hera colgándola del firmamento con un brazalete de oro en cada muñeca y un yunque en cada tobillo. Los otros dioses, a pesar de los gritos lastimeros de la diosa, no se atrevieron a liberarla. Finalmente Zeus se decidió a ponerla en libertad a cambio del juramento de los demás dioses de que no volverían a rebelarse.





La trampa

Pasó el tiempo. Pudo haber sido un siglo, pudo haber sido un año, quizás solo un día. Y como el amor trae consigo la fecundidad, Psiqué no tardó en sentir en su vientre el latido de un hijo.

Una noche, acunada en los brazos de su esposo, Psiqué le pidió por segunda vez que le permitiera ver a sus hermanas para contarles la feliz noticia.

–¿Recuerdas lo que te advertí hace un tiempo?

–¡Cumpliré, tal como lo hice esa vez! –se exaltó Psiqué.

–Sucede que ahora será más difícil: tus hermanas están llenas de veneno y solo tratarán de destruirte –habló la voz desde las sombras.

Psiqué no podía creer que sus hermanas fueran malas. Y tanto rogó y tan tierno fue su acento, que el marido nuevamente cedió.

De este modo, por segunda vez, las dos hermanas decidieron subir la montaña; y por segunda vez, la bruma se disipó ante ellas. Y también, como había sucedido antes, colmaron a Psiqué de preguntas:

–¿Sigue siendo bello?

–¿Sigue siendo dulce?

–¿Y sus pestañas?

–¿Y sus cabellos?

Pudo haber sido la confianza y despreocupación que le daba el amor de su esposo, o

la felicidad de estar encinta, lo que hizo fallar su memoria: el hecho fue que, al describir a su esposo, Psiqué olvidó algunos detalles:

– Aunque es de edad madura, cuando me contempla con sus ojos de largas pestañas lisas, me siento desfallecer. Y cuando sus cabellos de ébano, que compiten con la noche, tocan mis mejillas, mi corazón se desboca.

Las mujeres solo se miraron. Y luego, de regreso a sus hogares, intercambiaron impresiones.

- ¿Te das cuenta de la mentira de esa pobre idiota?
- Pestañas que antes eran crespas, ahora son lisas...
- ... y cabellos que eran dorados, ahora son de ébano...
- ... y el hombre que antes era joven, ahora es viejo...
- La verdad es que ella ignora cómo es su esposo...
- ... y si lo ignora, es porque su esposo no le ha mostrado su rostro...
- ... y solo los dioses ocultan su rostro a los mortales.
- Entonces, quiere decir que... ¡su hijo será un dios!
- ¡Antes que eso suceda, me ahorco con una cuerda!

Todas fuego y llamas, envidias y celos, pasaron la noche maquinando una venganza. A la mañana siguiente, muy temprano, ya estaban de vuelta en el palacio y frente a las puertas comenzaron a gritar:

- ¡Eres feliz porque ignoras el peligro que te acecha!
- ¡Nosotras que te queremos hemos venido a revelártelo!
- ¡El oráculo tenía razón: tu marido es una inmensa serpiente con mil anillos!
- ¡Su lengua es ponzoñosa!
- ¡Duerme todas las noches contigo y aún no te enteras de que es un monstruo!
- ¡CUANDO TU HIJO NAZCA ÉL LO DEVORARÁ!

Ante estas últimas palabras, escuchadas a través de la puerta, Psiqué perdió la cabeza

y se dejó llevar por el horror de la revelación: olvidando todas las recomendaciones se precipitó hacia sus hermanas y, abrazándolas, les confesó que nunca había visto el rostro de su esposo. Ellas, simulando angustia y preocupación, le dijeron:

–Prepara una lámpara con aceite y escóndela bajo los almohadones. Cuando él esté durmiendo, enciéndela y mira su rostro. Y cuando veas la cabeza de víbora que posee, córtasela sin vacilar.

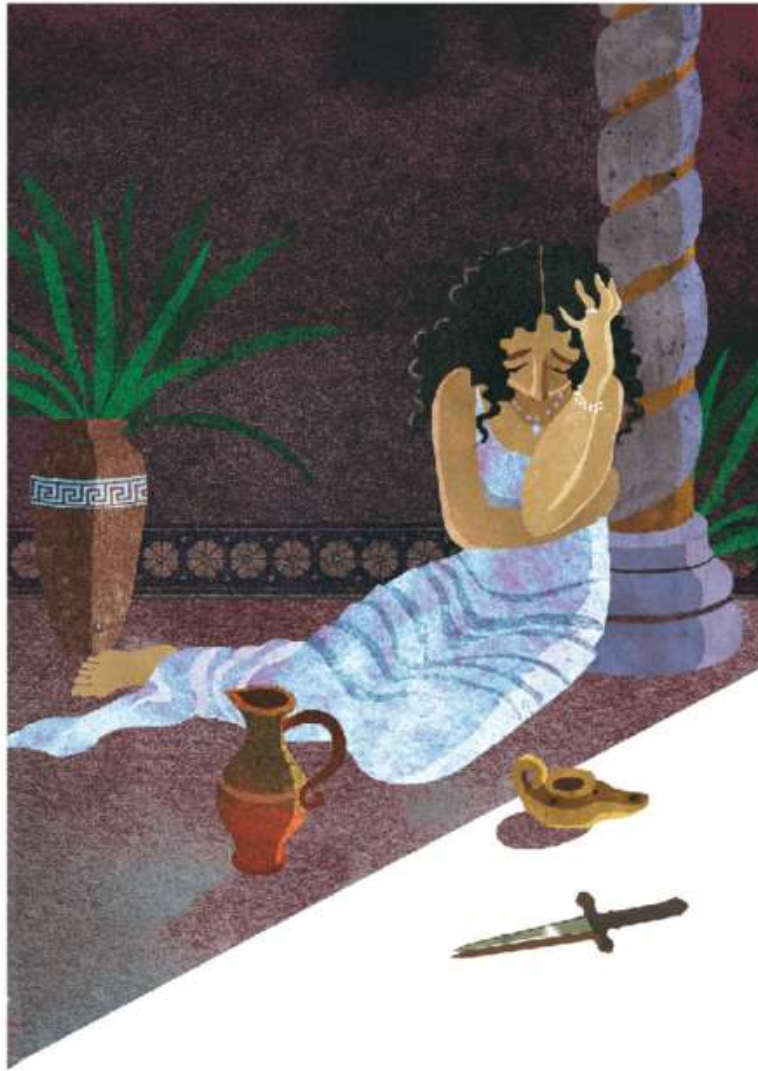
Entonces le entregaron un cuchillo.

–Será la única manera de salvar a tu hijo

–concluyeron, para darle fuerza.

Luego, como ya caía la tarde, se retiraron del lugar.





Poseidón, dueño del mar

Después de destronar a su padre Cronos, Zeus, Poseidón y Hades se repartieron a la suerte el cielo, el mar y el lóbrego mundo subterráneo, dejando la tierra común para todos. Zeus obtuvo el cielo, Hades el mundo subterráneo y Poseidón el mar.

Poseidón –igual a su hermano Zeus en dignidad, aunque no en poder– era de índole arisca y pendenciera. También era ambicioso y en una ocasión trató de apoderarse del Atica, arrojando su tridente en la Acrópolis de Atenas, donde brotó un pozo de mar cuyo murmullo se puede escuchar todavía cuando sopla el viento del sur.

Construyó un palacio submarino frente al mar Egeo, en el que tenía caballos de tiro blancos, con cascos de bronce y crines de oro; poseía asimismo un carro de oro a cuyo paso las tormentas del océano cesaban en forma instantánea y los monstruos marinos le abrían paso.

Poseidón buscó una esposa que se sintiera cómoda en la profundidad del mar. Finalmente se casó con la nereida Anfitrite y tuvo tres hijos.



Hermes, un dios tramposo

Hijo de Zeus y Maya, fue desde muy pequeño un ingenioso aventurero de malas costumbres. Era tan solo un muchachito cuando robó un hermoso rebaño de vacas del dios Apolo y, para que no descubrieran sus huellas, fabricó unas herraduras con la corteza de un roble caído y las ató con hierbas trenzadas a las pezuñas de las vacas. Apolo, furioso por haber sido burlado, ofreció una recompensa por su captura. Un grupo de sátiros que partió en su busca llegó hasta la entrada de una cueva, atraído por el son de una música extraña. Esta provenía de un ingenioso instrumento musical que Hermes había construido con la concha de una tortuga y unas tripas de vaca. Los cueros de los animales habían quedado extendidos en la entrada de la caverna. Esto bastó para que Apolo, alertado por los sátiros, descubriera al ladrón y lo llevara de una oreja hasta el Olimpo, donde lo acusó a su padre Zeus.



Afrodita, la seductora

Afrodita surgió desnuda de la espuma del mar. Y, cabalgando en una concha, desembarcó en una isla. Cuando caminó por la tierra, la hierba y las flores brotaron a su paso.

Poseía un cinturón mágico que hacía que todos se enamoraran de ella. Algunas veces se lo prestaba a las otras diosas, pero por lo general no le gustaba desprenderse de él. Zeus la dio en matrimonio a Hefestos, el dios herrero cojo; pero pronto se vio que Afrodita se aburría con su marido y comenzaron los rumores de que ella se veía a escondidas con Ares, el impetuoso y pendenciero dios de la guerra. Cuando Hefestos descubrió que su esposa lo engañaba, construyó una red de bronce, fina como una telaraña, que ató a los postes de su lecho matrimonial; luego, pretextando unas breves vacaciones, se alejó del palacio. Afrodita, por supuesto, aprovechó la ocasión para llamar a su amante Ares, y los dos se acostaron alegremente en el lecho. Cuando al otro día quisieron levantarse, se encontraron desnudos y atrapados como dos pajaritos. Así los descubrió Hefestos, pero estaba tan enamorado, que finalmente perdonó a su mujer. Claro que la seductora Afrodita no cambió, y siguió con sus infidelidades enamorando a dioses y también a algunos mortales.

Algunos sostienen que Afrodita fue la madre de Eros, engendrado por Hermes o por Ares. Eros fue desde pequeño un niño indómito que no mostraba respeto por sus mayores. Se lo pasaba volando con sus alas doradas, sacando flechas de su carcaj y disparándolas sin ton ni son. Cuando estas alcanzaban a alguien, hacían arder su corazón en forma desesperada, produciendo toda clase de dramas amorosos y desastres matrimoniales.





La noche fatal

Psiqué quedó sola. Temblaba al contacto del cuchillo escondido en su pecho. Se dirigió a su dormitorio, dispuesta a cumplir las instrucciones de sus hermanas. Sin embargo, en medio de los preparativos, comenzó a dudar y su alma se llenó de sentimientos encontrados. Tan pronto llenaba la lámpara de aceite recordaba la voz suave de su esposo y se arrepentía. Tan pronto oía la voz de sus hermanas hablando de la víbora engañosa, arremetía en furia. Sentía al niño en su vientre y el pensamiento del amoroso padre que lo había engendrado le dulcificaba el rostro. Tan solo imaginaba a su hijo muerto en las fauces de su padre-serpiente, se inflamaba de ira.

Finalmente llegó la noche.

Y cuando en medio de las sombras su marido se durmió junto a ella, Psiqué, impulsada por la crueldad de su destino, juntó todas sus fuerzas y encendió la lámpara que disipó las tinieblas.

Ante ella apareció el hombre más hermoso del mundo.



Tal era la belleza de ese rostro, que la alegría la volvió a colmar y sus temores desaparecieron. Su marido no era un monstruo: era un dios. Cuando recorría con la mirada la perfección del cuerpo dormido, reparó en el arco y las flechas que se apoyaban en la almohada. Curiosa, cogió una flecha del carcaj. Quiso apreciar el filo de su punta y la hundió en la yema de su dedo: unas gotas de sangre aparecieron y, junto con ellas, el amor sin límites que entregaba Eros encendió su corazón. Entonces, ardiendo de un amor desenfrenado hacia el dios mismo de las pasiones, se agachó para besarlo. Pero, ¡oh, desgracia!, al inclinar su cuerpo volcó parte del aceite hirviendo de la lámpara sobre la divina espalda del durmiente.

Eros se levantó de un salto. La dolorosa quemadura enrojecía su piel. Sus palabras resonaron en la estancia con la potencia de un trueno:

—¡Tonta, boba; mil veces tonta, un millón de veces boba! ¡Contra las órdenes de mi madre de hacerte enamorar de un hombre mísero, soy yo el que te he amado! ¿Por qué me has hecho esto? ¿Por qué no oíste mis consejos? ¡Cruel destino! Me iré de tu lado para siempre: ese será tu castigo.

Y a pesar del amor inextinguible que sentía por su esposa, se alejó de ella en un vuelo furibundo.

Psiqué salió del palacio tras él. Corrió por el campo como una loca, siguiendo por tierra al dios cuyas alas ya alcanzaban las nubes.

Pero le fue imposible subir hacia él.

Comenzó a vagar. Cruzó laderas, bajó el monte. Y cuando llegó a un río, vio en sus aguas el único remedio a sus desdichas y se lanzó al torrente. Pero el río, temeroso de acabar con la vida de la que llevaba al hijo de un dios en su vientre, levantó su cauce y depositó a Psiqué en la arena.

Pudo haber pasado un siglo, un año, o un día: para Psiqué, tendida en la arena y respirando con dificultad, el tiempo se había vuelto a detener.

Ares, el dios criticado

Es un dios odiado por los demás habitantes del Olimpo, debido a que se complace en las matanzas y en el saqueo de las ciudades durante las guerras. Todos sus colegas inmortales lo critican, con excepción de Eris, su hermana, y Afrodita, que siente una gran atracción por él. También lo apoya Hades, el dios del mundo subterráneo, quien acoge de buen grado a los jóvenes y apuestos combatientes que mueren en las guerras que provoca el belicoso dios.



Hestia, la virtuosa

Al contrario de Ares, Hestia es la única de los grandes dioses olímpicos que nunca interviene en guerras ni en disputas. Además –al igual que Artemisa y Atenea–, siempre ha resistido todas las invitaciones amorosas de dioses, titanes u hombres que han tratado de seducirla. Ella, luego del destronamiento de Cronos, juró por la cabeza de Zeus permanecer siempre virgen.

Hestia es la diosa del hogar y es venerada como la deidad más benigna, recta y caritativa de todas las del Olimpo. Se atribuye también a la diosa el haber inventado el arte de la construcción de casas.

En todos los hogares griegos hay una llama encendida en su honor.



Apolo y Artemisa, los gemelos del Olimpo

Fueron sietemesinos, pero sus naturalezas divinas y su alimentación con néctar y ambrosía hicieron que se desarrollaran rápidamente. Al cuarto día de su nacimiento, Apolo ya estaba pidiendo un arco y flechas que Hefesto le proporcionó de inmediato. Más tarde, su padre Zeus le regaló un bellissimo carro de oro tirado por caballos blancos que piafaban impacientes antes de correr hacia el cielo.

Apolo gustaba de la música y nadie lo superaba en habilidad para pulsar la lira.

Artemisa, su hermana gemela, también estaba armada con arco y flechas. En muchos aspectos era como Apolo: prefería la vida al aire libre y se aburría con las labores hogareñas. Le gustaba andar

cazando por las montañas, vestida con una túnica corta con hilos de plata. Corría por los campos precedida de sus perros de caza obsequiados por el dios Pan y seguida de unas bellísimas ninfas que iban tras ella como veloces cervatillos. Su habilidad con las flechas no tenía parangón; disparaba a enormes distancias sin errar el blanco.

A diferencia de las jóvenes de su edad, Artemisa había decidido no casarse nunca. Pese a esto, los griegos la veneraban como la protectora de los infantes, porque se decía que su madre la había alumbrado sin dolor. Artemisa se convirtió en una cazadora tan hábil, que llegó a ser conocida como la diosa de la caza.



La venganza

Psiqué, pálida y desencajada, se dio cuenta de que la muerte no era su camino. Entonces supo qué hacer: iría a ver a sus hermanas y se vengaría de ellas.

Con un plan bien hilado, partió hacia donde la mayor y luego de abrazarla, le contó su desgracia. Pero al terminar la historia, en vez de repetir las terribles palabras de despedida de Eros, le dijo que su marido, en castigo a la traición, había decidido abandonarla para casarse con su hermana mayor.

–¡Conmigo! –chilló esta, fascinada.

–Sí, contigo –repitió Psiqué, fingiendo tristeza–. Y dijo que te esperaría en la cima de la montaña. Solo tendrás que lanzarte al vacío y él te recogerá en sus brazos para llevarte a su palacio, tal como lo hizo antes conmigo –mintió con desparpajo.

Psiqué siguió su camino, mientras su hermana, presa de una agitación sin límites, corría a la cima de la montaña. Una vez allí, y sin vacilar, se lanzó al vacío. Instantes después su cuerpo caía destrozado entre las rocas.

La segunda hermana corrió la misma suerte.

En tanto Eros recorría el mundo lamentándose. Así lo vio la Gaviota, ese pájaro

blanco y lenguaraz que luego voló hacia las entrañas del volcán donde vivía Afrodita.

–Mientras tú no haces más que embellecerte, tu hijo gimotea sin trabajar: ya no hay más bodas en el mundo, hace tiempo que no nacen niños y el desamor opaca los corazones de los amantes –habló el pájaro.

Afrodita se puso pálida y gritó:

–¡No me digas que mi hijo querido se ha enamorado!

–Como un tonto –graznó, despectiva, la Gaviota.

–¿Y quién es ella? ¿Una ninfa? ¿Una musa? ¿Una de las gracias?

El ave parlanchina no perdió la ocasión:

–Me parece... que es una joven.... que si mal no recuerdo se llama... Psiqué.

–¡¡Psiqué!! –aulló Afrodita, levantando cenizas y fuego. Y en un raptó de furia, partió volando en busca de su hijo.

Lo encontró tendido boca abajo en una nube, quejándose de su espalda herida. Furiosa, arremetió:

–¿Crees que aceptaré una nuera como esa? ¿A mi edad ya me harás abuela? ¡Seré el hazmerreír de los dioses! ¡Niño malcriado, no te saldrás con la tuya! ¡Llamaré a la Sobriedad para que te castigue, para que rompa tu carcaj y te deje sin flechas! ¡Y haré que a esa mujer se le caigan el pelo y los dientes, uno a uno!

Mientras hablaba, daba vuelta los ojos y sacaba la lengua. Desfigurada de rabia, arrastró a su hijo hasta un cuarto de su palacio y lo encerró. Luego decidió partir al Olimpo y pedir ayuda para encontrar a Psiqué. Se hizo preparar el carro que Hefesto le había obsequiado para sus bodas y, escoltada por un séquito de blancas palomas enjoadas, subió hacia el cielo apartando nubes y encendiendo el espacio.



Apenas llegó, corrió hacia el dios Hermes y le entregó un papelito con el nombre de Psiqué.

Hermes, siempre dispuesto a complacerla, se puso en acción. Voló hacia la Tierra y como buen emisario comenzó a proclamar:

–¡Se busca a Psiqué, hija de reyes! ¡Al que la encuentre o dé noticias de ella, se le recompensará con siete dulces besos de la misma Afrodita!

Demás está decir que este anuncio excitó el deseo de los mortales. La posibilidad de recibir siete besos de la diosa más bella hizo que todos los hombres de la Tierra se afebraran en su búsqueda.



Psiqué se dio cuenta de que ya no podría seguir escondiéndose y decidió ir en busca de Afrodita para enfrentarla de una vez por todas.

No bien hubo llegado a las puertas del palacio de la diosa, salió a recibirla una sirvienta que, luego de insultarla, la cogió por los cabellos y la arrastró por los suelos hasta la presencia de su ama.

–¡Finalmente te dignaste venir a saludar a tu suegra! –dijo Afrodita, con la voz llena de ironía–. ¿O quizás piensas encontrarte con tu marido? ¡Ya verás lo que aquí te espera!

Luego de estas palabras, llamó a dos de sus ayudantes, la Inquietud y la Tristeza, y les ordenó acompañar a la recién llegada día y noche.

Dionisio, el dios nacido dos veces

Cuando nació Dionisio, pese a tener cuernos y estar su cabeza coronada por serpientes, fue reconocido por Hera como hijo de su esposo con Semele y, muerta de celos y rabia, ordenó a los titanes que lo mataran. Estos lo desmenuzaron y comenzaron a hervir sus pedazos en una caldera; pero Rea –la abuela de Dionisio– intervino y juntando sus pedazos lo hizo renacer.

Dionisio se lo pasó toda su vida escapando de las furias de Hera por distintos lugares de la Tierra. Y luego de numerosas aventuras en Europa, Asia y el norte de África –donde difundió el culto de los viñedos– volvió al Olimpo, donde Zeus lo recibió con honores. Hera, finalmente, tuvo que resignarse a que Dionisio viviera con ellos.



Pan, el flautista feo y perezoso

Varios dioses nunca vivieron en el Olimpo. Es el caso de Pan, que vivía en Arcadia cuidando rebaños y colmenas, y que se lo pasaba en bacanales con las ninfas montañosas. Era en general tranquilo y perezoso, y nada le gustaba más que dormir largas siestas; cuando alguien lo despertaba lanzaba un grito tan estridente que erizaba los cabellos del pobre infeliz que había interrumpido su sueño.

Pan era muy feo: tenía cuernos, barba, cola y patas de cabra. Pero poseía el don de la profecía y era un eximio flautista.



Hefestos, el herrero cojo

Hefestos, el dios herrero, era tan enclenque cuando nació, que su madre Hera, disgustada, lo arrojó desde la cima del Olimpo. Pero el niño cayó al mar, donde las diosas Tetis y Eurinomo, que estaban cerca, lo salvaron. Lo invitaron a vivir en su gruta submarina, donde el dios instaló su primera fragua y recompensó la bondad de las diosas fabricándoles objetos de adorno y útiles de todas clases.

Pasaron nueve años, y un día Hera se encontró con Tetis, que llevaba un broche hecho por Hefestos. Tanto le gustó a Hera aquella joya, que preguntó por su origen. Y cuando supo que la había hecho Hefestos –el hijo que creía perdido–, presa de arrepentimiento y de alegría, fue de inmediato a buscarlo. Lo llevó de vuelta al Olimpo, donde le instaló una fragua más grande y perfecta que la que su hijo tenía en la gruta del mar y, de paso, arregló su matrimonio con Afrodita.

Hefestos era feo y tenía mal genio, pero de tanto manejar el yunque tenía mucha fuerza en brazos y hombros y toda su obra era de un arte exquisito.

Tan contento estaba Hefestos de haber recuperado el amor de su madre, que se atrevió a reprochar a Zeus el haberla colgado del cielo cuando esta se rebeló contra él. Pero más le hubiera valido quedarse callado: fue tal la ira de su padre que, por segunda vez, el pobre Hefestos se vio arrojado desde el Olimpo, en una caída que duró un día entero. Esta vez se estrelló contra la tierra y se rompió las dos piernas. Y desde entonces Hefestos solo pudo caminar con muletas de oro.





Las pruebas

Cuando Psiqué ya no podía más de inquietud y de tristeza, Afrodita llegó a buscarla y la condujo a un granero. Ahí, mezclados en una gigantesca montaña, había granos de trigo, centeno y cebada.

–Ármate de paciencia y separa el trigo, el centeno y la cebada: tienes la noche entera a tu disposición. Veré qué puedo hacer por ti cuando hayas cumplido mi mandato –le dijo.

Luego, la dejó sola.

Psiqué comenzó su trabajo. Pero al cabo de una hora se dio cuenta de que aunque pasaran mil años no podría separar los granos. Desesperada, se puso a llorar y a lamentarse en voz alta: ¡para ella no había esperanza! Aunque en un momento había llegado a pensar que sería feliz, el oráculo nunca se equivocaba: su destino era horrible.

Los sollozos de la joven atrajeron la atención de una hormiga que por allí pasaba, cargando un granito de centeno. Aunque iba muy apurada, se apiadó de la esposa del dios y se indignó con la crueldad de la suegra. Dejando su carga en el suelo, comenzó

a correr de un lado a otro, gritando:

–¡Hermanas, socorred a esta bella esposa del amor!

Las hormigas respondieron al llamado y fueron apareciendo en batallones de tres columnas. Las primeras se ocuparon del trigo, las segundas del centeno y las terceras de la cebada. Apretando los granos entre sus minúsculas patitas, iban y venían en un quehacer febril. Al despuntar el alba, los montones estaban separados.

Al día siguiente, cuando Afrodita llegó al granero, casi estalló de rabia: ¿cómo esa tonta había logrado conseguir lo imposible? Pateó una y otra vez los granos y cuando se tranquilizó un poco, le encomendó una nueva misión.

–¿Ves ahí abajo –le dijo– aquel río en cuyas aguas se reflejan los arbustos? Allí pastan unas ovejas de vellones dorados. Tráeme inmediatamente un mechón de esa lana.

Psiqué corrió hacia el río. Miró desde lejos el brillo cegador del rebaño salvaje: los animales lanzaban cornadas al viento y despedazaban con furiosos mordiscos la hierba a sus pies. Ni un pastor las apacentaba, ni un pájaro volaba cerca de ellas. Entendió por qué Afrodita la había enviado allí: nadie osaba acercarse a esas ovejas doradas. Nuevamente, lágrimas de impotencia mojaron sus mejillas.

Esta vez, una caña que se mecía en la espuma se compadeció de ella:

–Psiqué, no llores: yo te ayudaré. Si te acercas a las ovejas bajo los ardientes rayos del sol, te atacarán con sus acerados cuernos y te matarán a mordiscos. Espera a que anochezca y que el rebaño se duerma. En ese momento te bastará con sacudir las ramas de los árboles que están cerca, para encontrar la lana de oro que allí ha quedado enredada.

Psiqué agradeció la amabilidad de la sabia caña e hizo lo que le indicaba. Cuando regresó donde su suegra, en sus manos brillaba el vellón dorado.

Otra vez se enardeció Afrodita y buscó en su mente una tercera prueba, más difícil aún: le pidió que llenara una jarra con el agua de la fuente que alimentaba al Cocito, uno de los ríos que conducen al infierno. La prueba era realmente imposible, ya que la

fuelle estaba protegida por dragones y hasta las mismas aguas gritaban si alguien se acercaba.



Pero sucedió que Zeus, que miraba todo desde el Olimpo, decidió proteger a la esposa del irresponsable Eros, cuyas flechas de amor disparadas al azar temían hasta los dioses. Así, cuando la pobre Psiqué se acercaba al lugar, un águila descendió sobre ella. La muchacha, aterrorizada, extendió sus brazos para protegerse del ataque. Pero entonces el ave –que había sido enviada por Zeus– en lugar de hierla, cogió la jarrita entre sus garras, y luego planeó en silencio sobre el río.



Los dragones saltaron estirando sus lenguas, pero no pudieron alcanzarla. El águila batió el aire con sus alas, y bajó en picada, burlando la furia del río. Rozó la superficie de las aguas negras y con un graznido triunfal colmó el jarro con el líquido que Afrodita reclamaba.

Nuevamente Psiqué había vencido.

Démeter, la protectora del bosque

Démeter era la diosa del sembrado. Aunque nunca se casó, era quien iniciaba a los novios en los secretos del lecho. Tuvo varios hijos, todos fuera del matrimonio.

Era una diosa benévola, y solo una vez se enfureció con un hombre, a tal punto, que le infligió un terrible castigo. Sucedió cuando el joven Erisictón, junto a veinte compañeros, se atrevió a derribar los árboles sagrados de un bosque que poseía Démeter. La diosa, en su ira, lo condenó a sufrir un hambre perpetua: por más que comía, más delgado estaba y más hambre tenía. Ya ni sus padres pudieron seguir alimentándolo y Erisictón se convirtió en un patético mendigo que devoraba inmundicias y disputaba la comida a los animales.



Atenea, diosa inventora

Atenea era una diosa hábil, inteligente y creativa. Inventó la flauta, la trompeta, la olla de barro, el rastrillo, el yugo para los bueyes, la brida de los caballos, el carro y el barco. Fue la primera que enseñó la ciencia de los números y todas las artes femeninas, como la cocina y el hilado.

Su lúcida inteligencia la llevó también a ser una experta en tácticas marciales, pero como no le gustaban las guerras siempre trataba de arreglar las disputas por medios pacíficos. Claro que si era forzada a intervenir en las batallas, ni siquiera Ares podía vencerla. Tanto así, que los militares acudían a menudo a ella en busca de consejos.

Muchos dioses, titanes y gigantes pretendieron desposarla, pero siempre fueron rechazados. Atenea era tan casta como Artemisa, pero con el corazón más blando: una vez que el humano Tiresias la sorprendió por accidente desnuda en el baño, ella le puso las manos en los ojos y lo cegó; pero de inmediato se compadeció y, en compensación por lo hecho, le dio la visión interna o el don de la clarividencia.



Las parcas, anunciadoras de la muerte

Estas mujeres se llaman Cloto, Láquesis y Atropos. De ellas, Atropos es la menor en estatura, pero la más terrible. La vida de los humanos depende de un hilo que Cloto hila en su huso, Láquesis mide con su vara y Atropos corta con sus tijeras cuando llega la hora de la muerte.

Los dioses más jóvenes no temían a las parcas y se reían de ellas, y algunos decían que Apolo en una ocasión las había emborrachado para salvar de la muerte a un amigo. Otros sostenían, al contrario, que Zeus mismo estaba sometido a ellas.



Los dioses también se aburren

No siempre estaban todos los dioses en el Olimpo. Muchas veces bajaban a darse una vuelta por la tierra para entretenerse o para ayudar a algún mortal en apuros. Las leyendas nos cuentan cómo muchos héroes se salvaron de la muerte gracias a la ayuda oportuna de algún dios o diosa que andaba por ahí.

Los dioses también corrían peligros y lo pasaban mal; más de una vez fueron heridos por flechas o armas contundentes, pero tenían la ventaja de ser inmortales por lo que las heridas no eran nunca fatales. Los dioses, además, podían cambiar de forma para engañar al enemigo; sin embargo, preferían presentarse ante los mortales con forma humana para pasar inadvertidos.





Curiosidad mortal

Pero aún le quedaba a la joven la última prueba. Afrodita, más enojada que nunca, la mandó a descender al reino de los muertos. Ahí tendría que pedirle a Perséfone, la esposa del dios de las tinieblas, que le enviara, dentro de un cofre, una porción de belleza.

Una vez más, Psiqué fue presa del temor y la desesperación. ¿Cómo encontraría el camino? ¿Cómo enfrentaría a Cerbero, ese monstruoso mastín que custodiaba las puertas del Hades? ¿Cómo convencería a Caronte de que la atravesara en su barca?

Pero nuevamente alguien la ayudó: Orfeo, un caminante que venía de regreso de los infiernos se cruzó con ella y le indicó amablemente el camino. Y también le dio las instrucciones para conseguir la ayuda del barquero y burlar al terrible can: al primero debería pagarle con unas monedas que él mismo le entregó; al mastín debía entretenerlo con unas galletas que sacó de su morral.

Psiqué, luego de agradecerle, reinició su camino y siguiendo sus consejos logró llegar ante Perséfone.



-Afrodita tendrá su cofre -dijo esta, entregándole una caja labrada-. Pero escucha bien: lo que contiene el cofre es solo para ella, nadie más debe abrirlo.



Psiqué asintió y, cogiéndolo entre sus manos, emprendió muy contenta el viaje de regreso.

Pero sucedió que mientras caminaba por el oscuro pasadizo, la tentación de ver lo que había dentro de ese cofre de fina madera comenzó a crecer en ella.

–¿Y si yo lo abriera y me untara con una gotita de belleza divina? Tal vez Eros regresaría a mí –se dijo.

Y olvidando que ya una vez la curiosidad había arruinado su vida, apenas llegó a la luz del sol, levantó la tapa.

Ante la sorpresa de Psiqué, la caja estaba absolutamente vacía. Ni el más mínimo líquido de belleza. Ni una brizna de polvo de amor. Pero un extraño aroma emanó del fondo y de inmediato el sopor la invadió. Su cuerpo cayó inerte sobre la hierba. ¡Nunca se habría imaginado la curiosa joven que esa arca contenía el eterno e invisible sueño que envuelve a los hombres en su camino

hacia el Hades!

Pudo haber pasado un siglo. Pudo haber pasado un año. Pudo haber pasado un día en la vida de Psiqué. Ahora, tendida entre las flores, se veía igual al día en que Eros la encontró por primera vez. Solo que esta vez estaba muerta.

Mientras tanto Eros, ya sanado de su herida y con sus alas más fuertes que nunca, se fugó del hogar materno por la ventana y voló hacia el palacio de Zeus.



El dios principal del Olimpo lo estaba esperando. Y luego de abrazarlo, le dio un discurso de esos que dan los padres cuando los hijos se portan mal: se quejó amargamente de todos los desastres que el muchacho había causado al disparar sus flechas sin ton ni son; lo reconvino por los fracasos matrimoniales que había causado; lo recriminó por los amores apasionados e ilícitos que había provocado con sus disparos; le recordó las guerras que había causado con sus juegos irresponsables...

–... y hasta has comprometido mi reputación, al hacerme enamorar de tantas mujeres...
–terminó el dios, en voz baja–. Es por eso que pienso que lo mejor que puedes hacer es casarte. El matrimonio te hará madurar y te hará sentar cabeza.

Zeus estaba decidido. Entonces convocó a todos los dioses del Olimpo, Afrodita incluida, y les dio la noticia de que Eros y Psiqué formalizarían su matrimonio.

–No te preocupes, hija mía –dijo a la enfurecida Afrodita–. Tú seguirás siendo eternamente bella, porque eres inmortal. En cuanto al matrimonio de tu hijo, ahora será perfectamente legítimo...

Afrodita tuvo que aceptar.

Un gesto de Zeus hizo que Hermes bajara del cielo a la tierra. Minutos más tarde, el dios

mensajero tocaba el hombro de Psiqué, y ella abría los ojos y retornaba a la vida.

El Olimpo esa noche se iluminó. Los dioses, sentados frente a una magnífica mesa, levantaron sus copas colmadas de néctar divino. Y mientras las Horas cubrían la mesa con rosas, las Gracias repartían perfumes y las musas hacían oír sus canciones, Zeus ofreció a Psiqué una copa llena de ambrosía.

–Bebe y sé inmortal –le dijo a la joven–. Eros jamás se desatará de tus lazos. La unión que hoy vamos a celebrar no tendrá fin.

Psiqué levantó su copa y bebió.

Pudo haber pasado un siglo.

Pudo haber pasado un año.

Para Psiqué fue solo un día:

el día de su felicidad.



El mundo de las sombras

Cuando los hombres morían, sus almas descendían al Tártaro, cuya entrada principal se hallaba en un bosque de álamos negros junto al océano. Allí las esperaba Caronte, el avaro barquero que los transportaba en una embarcación desvencijada a través del río Estigia. Pero Caronte no hacía esto gratis: había que pagarle con una moneda que los parientes de los muertos les habían colocado bajo sus lenguas. Las almas de los muertos pobres tenían que esperar eternamente en la orilla, puesto que nadie había deslizado monedas en sus bocas. Aunque Hades lo amenazaba con duros castigos si dejaba pasar a algún ser vivo, varias veces su vigilancia fue burlada.

En la orilla opuesta del Estigia, un perro de tres cabezas –o, según dicen algunos, de cincuenta–, llamado Cerbero, estaba allí dispuesto a devorar a los intrusos vivos o a las almas fugitivas que querían entrar al mundo de los muertos.

La primera región del Tártaro contiene los tristes campos de Asfódelo, un lugar gris con árboles de ramas inclinadas, cuyas hojas rozan el suelo como en un lamento. Allí se pasaban la eternidad las almas mediocres, dando vueltas y vueltas sin ningún objetivo.

Más allá de esas praderas del Tártaro, se encuentran los prados del Erebo y la laguna Leteo, donde van a beber los muertos comunes. Todos los que beben sus aguas, olvidan de inmediato sus vidas pasadas. Cerca del Leteo se alzan las torres del palacio de Hades, pero a ningún muerto se le concede el privilegio de entrar en él.

Un poco más allá del palacio de Hades, está el Lago del Recuerdo, donde beben las almas iniciadas. Y cerca de ahí están los Campos Elíseos, una región feliz, sin frío ni nieve, donde nunca cesan la música y el canto.

Las almas de los muertos eran juzgadas frente al palacio de Hades por Minos, Radamantes y Eaco, elegidos para esta tarea por su gran sabiduría y por la vida ejemplar que habían llevado. Luego de la sentencia, las sombras de los muertos se dirigían al lugar que les correspondía, según su vida pasada: los peores al Tártaro, los mediocres a la Llanura de

Asfódelo y los virtuosos a los Campos Elíseos.

Los Campos Elíseos recibían, entre otras, las almas de los héroes y de los hombres muertos durante las batallas.



Los doce trabajos de Heracles

Heracles, héroe máximo de los griegos, era hijo de Zeus y de la mortal Alcmena. Cuando Heracles nació, la diosa Hera, llena de odio hacia este niño fruto de un nuevo desliz de su marido, envió dos serpientes a su cuna para que le dieran muerte. Pero Heracles, aunque no tenía más que unas pocas semanas de edad, las estranguló con sus ya poderosas manos.

Hera no se quedó tranquila: cuando Heracles se casó con Megara de Tebas, introdujo en el corazón del héroe una gran ira contra su mujer y este, en un acceso de furor, mató a Megara y a sus hijos. Desesperado por su acción, Heracles fue a preguntarle al Oráculo de Delfos cómo podría expiar ese horrible crimen. El oráculo le respondió que ofreciera sus servicios al rey Euristeo, quien le encomendaría doce trabajos. Una vez que Heracles cumpliera las difíciles empresas, sería perdonado y obtendría la paz.

Primer trabajo:

El león de Nemea

En el primer trabajo Heracles tuvo que matar y desollar al león de Nemea que todas las noches bajaba a las colinas y mataba a los mortales. No había arma que pudiera atravesar la piel del animal, por lo que el héroe tuvo que estrangularlo con sus propias manos. Pero aún debía desollarlo. Como no había cuchillo capaz de cortar la piel del animal, se sirvió de las afiladas mandíbulas de la bestia para hacerlo.

Segundo trabajo:

La hidra de Lerna

La hidra era un ser monstruoso con nueve cabezas de serpiente, que asolaba la región de Lerna, matando a todos los que pasaban por el lugar. Cada vez que le cortaban una cabeza, le crecía al instante otra en el mismo sitio. Además, una de sus cabezas era

inmortal.

Heracles partió en su busca acompañado de Lolao, un joven que manejaba el carro en que se movilizaban. La encontraron en los pantanos. La hidra, entre silbidos, logró enroscarse en las piernas de Heracles y para colmo de males dos enormes cangrejos gigantes que había enviado la diosa Hera cerraron sus pinzas en torno de los tobillos del héroe. Pero Heracles logró deshacerse de los cangrejos y aplastarlos con el pie; luego, con una antorcha encendida que le pasó Lolao, fue quemando los muñones a medida que iba cortando las cabezas de la Hidra. Finalmente le cercenó también la cabeza inmortal: por ser Heracles hijo de un dios, pudo destruirla enterrándola bajo una roca. Por último, sumergió la punta de sus flechas en la sangre de la hidra, para hacerlas más mortíferas.

Tercer trabajo:

La cierva de Cerinea

Este tercer trabajo exigió a Heracles menos fuerza pero más paciencia y habilidad como cazador. La cierva de Cerinea –de cuernos de oro– se había escapado de los perros de Artemisa que quisieron cazarla para su ama. Heracles anduvo tras ella durante un año entero, recorriendo kilómetros y kilómetros a través de llanuras y montañas escarpadas. Finalmente el animal, exhausto, se quedó dormido, momento que aprovechó el héroe para aprisionarlo en su red.

Cuarto trabajo:

El jabalí de Erimantea

Era un jabalí salvaje de dimensiones colosales que tenía los colmillos tan grandes como el brazo de un hombre y, al igual que la cierva de Cerinea, Heracles debía capturarlo vivo. Nevaba copiosamente en Erimantea cuando el héroe partió en su búsqueda. Cuando encontró al jabalí, Heracles profirió un grito tan salvaje que el animal, asustado, corrió a refugiarse en su madriguera, donde quedó atrapado por un derrumbe de nieve. Hércules aprovechó el momento para inmovilizarlo en su red y atarlo fuertemente.

Quinto trabajo:

Los establos del rey Augias

A Heracles le fue encomendado limpiar en un solo día los establos del rey Augias, que estaban sumergidos en estiércol de ganado y cuyo mal olor se extendía por todo el país. Limpiar aquello habría tomado a cualquiera meses. Pero Heracles construyó un dique y desvió el curso del río Alfeo que por allí corría, de modo que sus aguas entraron a los establos llevándose por delante toda la porquería en un solo día. Luego restituyó el curso normal del río.

Sexto trabajo:

Los pájaros del lago Estínfaro

Parecidos a las cigüeñas, estos pájaros tenían el pico y las garras de bronce y dejaban caer a su antojo sus plumas metálicas sobre las cabezas de los que pasaban por las cercanías del lago Estínfaro; luego caían en picada sobre sus víctimas y las devoraban. Heracles se dio cuenta de que no podría llegar hasta ellas pues el terreno era pantanoso y cedía bajo su peso. Entonces, con ayuda de unas castañuelas de bronce que le había regalado Atenea, logró que las cigüeñas, espantadas con el sonido, levantaran el vuelo y se dirigieran hacia él. Heracles comenzó a dispararles flechas envenenadas con la sangre de la hidra de Lerna: un buen número de pájaros cayó muerto. El resto huyó veloz y nunca más volvió.

Séptimo trabajo:

El toro de Creta

Era un enorme toro que echaba fuego por las narices y corría libre por la isla de Creta. Para evitar el fuego del animal, en cuanto se encontró con él Heracles se apartó a un lado y le saltó a los lomos. Luego lo agarró por los cuernos, se lo echó a los hombros y lo condujo hacia la nave que estaba anclada en el puerto de la ciudad para llevarlo a Tirinto.

Octavo trabajo:

Los caballos salvajes de Diómedes

El cruel rey de Tracia, Diómedes, alimentaba las yeguas que tiraban su carro con la carne

de los vencidos en batalla. Y cuando no estaba en guerra, sacrificaba a los huéspedes del palacio. Heracles tenía que apoderarse de las yeguas y llevarlas a Tirinto. Entró subrepticiamente a los establos y soltó a las yeguas que estaban encadenadas. Los animales, al verse libres, se encabitaron y despertaron a Diómedes y a sus guardias, que comenzaron a perseguirlos. Entonces el héroe desvió el curso de un río, logrando separar a las yeguas de sus perseguidores. Luego dio muerte a Diómedes y a sus hombres a golpes de hacha. Cuando Heracles dio de comer a las yeguas la carne del rey muerto, estas se volvieron mansas como corderos.

Noveno trabajo:

El cinturón de Hipólita

Este fue el trabajo más delicado de Heracles y consistió en llevar a la hija de Euristeo el cinturón de la reina de las Amazonas, Hipólita.

Hipólita recibió a Heracles con gentileza y accedió a entregarle el cinturón. Pero Hera, una vez más, trató de perjudicar al hijo de su marido: convenció a las amazonas de que el joven estaba tratando de raptar a su reina. Entonces ellas, furiosas, atacaron a Heracles; y este, creyéndose traicionado por Hipólita, la mató.

Décimo trabajo:

Los bueyes de Gerión

Heracles tuvo que partir en busca de los bueyes del rey Gerión, un hombre que tenía dos piernas y tres troncos, cada uno con sus cabezas y brazos, y que reinaba en una isla en medio del océano occidental. Al pasar por el estrecho que separa España de África, Heracles partió en dos una montaña, formando el Estrecho de Gibraltar. Los acantilados de ambos lados son conocidos como las columnas de Hércules –el nombre romano de Heracles–. Llegado al lugar de su misión, el héroe logró dar muerte a Gerión, hiriendo simultáneamente sus tres cuerpos con una sola flecha. Luego volvió a Grecia con los bueyes.

Undécimo trabajo:

Las manzanas de las Hespérides

El undécimo trabajo de Heracles fue el de conseguir las manzanas de oro del árbol de las Hespérides, un regalo que le habían hecho a Hera el día de su boda y que era custodiado por un feroz dragón. Como desafiar a la diosa era un gran riesgo, Heracles pidió ayuda al titán Atlas, a cambio de lo cual se ofreció para sostener la bóveda del cielo que este sujetaba. Atlas volvió casi al instante con un cesto lleno de manzanas, pero no quiso volver a sostener el cielo: se sentía muy a gusto con su recobrada libertad. Heracles tuvo que tenderle una trampa para obligarlo a retomar su tarea: le dijo que volviera a ocupar su puesto un momento, mientras él lo equilibraba mejor. Así lo hizo Atlas y Heracles huyó con las manzanas.

Duodécimo trabajo:

El can Cerbero

El último trabajo de Heracles consistió en bajar hasta el mundo de ultratumba y llevar al can Cerbero hasta Tirinto. Ayudado por Hermes llegó hasta Cerbero y, sabiendo que este no podía ser vencido por las armas, arrojó sobre él la piel del león de Nemea y lo aprisionó entre sus fuertes brazos. Entonces corrió donde Euristeo y luego de que el rey hubo visto a Cerbero, Heracles lo devolvió al reino de los muertos.

Los doce trabajos habían terminado y la culpa de Heracles fue borrada.

Nota de las autoras

Apuleyo fue el primer escritor de la antigüedad que recreó la historia de Eros y Psiqué en su obra *El Asno de Oro* o *Las Metamorfosis*. En la versión de Apuleyo los dioses tomaron los nombres romanos.

Las autoras, por su parte, recrearon la leyenda griega basándose en la versión del poeta latino.

Glosario

Oráculo: Los dioses respondían a las preguntas de los hombres a través de los oráculos. El oráculo más antiguo de Grecia es el de Zeus de Dodona. El más conocido es el de Delfos, que perteneció primero a la Madre Tierra y más tarde al dios Apolo. Los dioses hablaban a los hombres por intermedio de una sacerdotisa o Pitonisa que, sentada en un trípode, aspiraba vapores de hierbas y daba a conocer el vaticinio de los dioses.

Ninfas: Deidades de la naturaleza llamadas con distintos nombres según el lugar en que habitan.

Nereidas: Divinidades que personifican las olas del mar. Viven en el fondo marino, en el palacio de su padre Nereo, sentadas en troncos de oro. Son bellas y pasan su tiempo cosiendo, tejiendo y cantando.

Musas: Son nueve hermanas que guían los pensamientos de los hombres a través de la dulzura. En Grecia dictaban a los reyes las palabras necesarias para restablecer la paz.

Horas: Personifican la idea de Brotar, Crecer y Fructificar. Presiden el ciclo de la vegetación, y sostienen en la mano una flor o una planta.

Las tres gracias: Divinidades de la belleza que reparten la alegría de la naturaleza en el corazón de los hombres. Viven en el Olimpo en compañía de las musas, con las cuales cantan. Andan siempre abrazadas.

Hades: Dios de ultratumba que da nombre a su reino. Hades es feroz y celoso y rara vez visita el mundo exterior. Nunca sabe lo que está sucediendo en la tierra ni en el Olimpo, excepto cuando le llega alguna información de algunos mortales que lo invocan con juramentos y maldiciones. Su pertenencia más preciada es el yelmo de la invisibilidad, que le regalaron los cíclopes.

Persefone: Compañera de Hades en el mundo subterráneo. Es fiel a Hades, pero no tiene hijos con él. Prefiere la compañía de Hécate, diosa de las brujas, que tiene tres cuerpos y

tres cabezas: de león, perro y yegua.

Orfeo: Hijo de un rey y de una musa, fue el poeta y músico más famoso que ha existido nunca. Apolo le regaló una lira y las musas le enseñaron a tocarla, de modo que no solo encantaba a las fieras, sino que lograba que las rocas y los árboles se movieran al compás de su música. Se cuenta que Orfeo fue uno de los pocos hombres que lograron bajar al Hades en busca de su amada Euridice, que había muerto mordida por una serpiente.

Homero: (siglo IX A.C.) es considerado uno de los grandes poetas de la humanidad. Siete ciudades se disputan el honor de haberlo visto nacer. La tradición lo representa como un viejo ciego que deambula de ciudad en ciudad recitando sus versos. Tanto se ha discutido sobre él, que hasta se ha llegado a dudar de su existencia.

Se le atribuyen dos grandes poemas épicos: La *Ilíada* y la *Odisea*. La *Ilíada* narra el sitio de Troya por los griegos, en tanto que la *Odisea* cuenta las aventuras de Ulises en su largo viaje de retorno a su patria.

Hesiodo: Gran poeta griego, contemporáneo de Homero, que , según se dice, compitió con este en varios certámenes poéticos. Sus grandes obras fueron *Los Trabajos y los Días*, poema que contiene la primera fábula conocida en la literatura griega, y la *Teogonía*, que es la historia de la creación del mundo y del trabajo de los dioses.

Bibliografía

- **Los mitos griegos** de Robert Graves, Editorial Losada S.A., Buenos Aires, 1967.
- **Monstruos, dioses y hombres de la Mitología Griega**, de Michael Gibson, Editorial Anaya, España, 1987.
- **Agenda de las maravillas**, de Balcells y Güiraldes, Editorial Andrés Bello, 1991.
- **L'âne d'or ou les metamorphoses**, d'Apulée, Librairie Garnier Frères, Paris.
- **Dictionnaire de la mythologie**, de Pierre Grimal. Presses Universitaires de France, 1951.

